



Aportes Andinos N. 9 Discriminación, exclusión y racismo

De naciones y racismos: Breve lectura del caso ecuatoriano

Fredy Rivera*

Desde hace varios años existe una profusa discusión en las ciencias sociales ecuatorianas sobre el problema de las alteridades o del "otro" en la formación de la identidad nacional. También ha ocupado un espacio significativo el debate académico y político respecto al papel que éstas alteridades, representadas en este caso por los pueblos indios y negros, han tenido dentro de las políticas integracionistas generadas principalmente desde el Estado ecuatoriano.

Contenido

1. Introducción
2. Racismo, poder e ideología
3. Nacionalismo y Racismo
4. Los indigenismos y paternalismos en Ecuador: formas y representaciones racistas

1. Introducción

Al hablar de alteridades como fenómeno cultural vinculado a determinadas identidades nos estamos internando en una de las dimensiones del complejo e intrincado espacio donde se construye la nación, en sus distintos procesos históricos y en el conjunto de prácticas, discursos e imágenes que se han elaborado sobre los "otros": los indios y los negros.

En el contexto ecuatoriano, el proceso de construcción nacional implicó la ejecución de una serie de relaciones asimétricas de explotación y poder; de acceso diferencial a recursos y servicios que ha generado un desarrollo regional desigual y excluyente; de la institucionalización de una serie de privilegios y prebendas para un determinado sector étnico; pero desde un punto de vista ideológico, existieron y existen una serie de prácticas identitarias que incluyeron lo supuestamente homogéneo y excluyeron las diferencias. Dentro de ese panorama, "el control, manipulación y representación del pasado, la producción y celebración de símbolos y santuarios nacionales, así como una configuración del «otro»

mayoritario, se convierten en un proceso central en el establecimiento de la nación-estado" (1).

Desde esa perspectiva, para lograr que las concepciones de nación y cultura uniforme se extiendan, ha sido necesario que los grupos de poder y el Estado enfatizen reiteradamente la existencia de un solo modelo cultural basado en el mestizaje, una lengua y un proyecto societal de futuro. De esa forma: el estado se mimetiza con la nación que aparece entonces como una supercomunidad homogénea, sin contradicciones aparentes y como el principio central de referencia para la legitimidad de los estados en tanto constituye una garantía de la homogeneidad cultural y étnica de las poblaciones reunidas dentro de su ámbito de acción y control social. Dicho de otro modo, la nación se presenta como un principio de identidad que unifica lo que fue con lo que es, pero también delimita la perspectiva de lo que ha de ser, es decir, se presenta como un sentido trans-temporal de existencia colectiva.

En ese orden de cosas, la identidad nacional aparece como un manto protector que avala la construcción homogénea de la nación, como un vehículo que condensaría las diversas expresiones culturales y étnicas de la población de una determinada sociedad y, como parte componente del gran supuesto voluntarista de integración nacional que, en el caso ecuatoriano, viene pregonándose desde finales del siglo pasado a través de postulados basados en diferentes doctrinas que apuntan a la concreción del proyecto de ciudadanía blanco mestiza (2). Este ha sido precisamente uno de los elementos que han reforzado la idea de nación como un sistema identitario basado en una serie de representaciones elaboradas sobre los «otros», los indios y negros, que se concretan en prácticas centralizadoras y discriminadoras al restringir la posibilidad de participación en las decisiones a los grupos poblacionales que mantienen identidades y realidades diferenciadas; en la igualdad «formal» de todos los miembros de la comunidad nacional, mientras se mantiene y reproduce la desigualdad real que existe entre ciertos grupos socioculturales y otros sectores dominantes de la sociedad que se sienten portadores de la verdadera nacionalidad; en la negación, estigmatización racial y el rechazo de la diferencia cultural y lingüística, y en la búsqueda declarada de una homogeneidad que privilegia un patrón cultural respecto a los demás bajo el supuesto de que el ideal e imaginario social escogido es la garantía de la unidad nacional.

Sobre estos importantes temas existen varios trabajos que han abordado desde distintas perspectivas analíticas el problema de la integración nacional mirado como proyecto colectivo homogéneo (3), pero han sido reducidos los esfuerzos por promover lecturas alternas sobre la presencia de ideologías nacionalistas vinculadas al problema del racismo en esa construcción identitaria nacional. Desde esa perspectiva entonces, el presente artículo pretende introducirse brevemente en la discusión de algunas de las prácticas, discursos y figuras racistas utiliza en e tratamiento “nacional” de esas alteridades.

2. Racismo, poder e ideología

Ya hace varios años, M. Foucault, I. Wallerstein, E. Balibar, entre otros, habían advertido sobre la utilización del discurso de la lucha de razas como una de las bases que han sustentado el mantenimiento del poder durante el desarrollo y consolidación de los estados nacionales. La aparición de un discurso racista biológico social

estaría emparentado con el combate entre una raza considerada como la verdadera y única -la que detenta el poder y es titular de la norma- y los que son considerados como peligrosos para el patrimonio biológico. Es en ese contexto donde se desarrollarían todos los discursos biológico racistas sobre la degeneración y todas las instituciones que dentro del cuerpo social harán funcionar el discurso de la lucha de razas como principio de segregación, de eliminación y de normalización de la sociedad (4).

El papel clave del racismo, desde sus primeras apariciones en la época colonial, ha supuesto la negación de la participación social, política y económica a ciertos grupos y la legitimación de diversas formas de explotación. El racismo está incrustado en las relaciones de poder; refleja la capacidad de determinado grupo de formular una ideología que no sólo legitima una relación de poder particular entre comunidades étnicas, sino que resulta ser un mecanismo útil para reproducir esa relación. Al considerar las actitudes racistas, el poder desempeña un papel fundamental de tres maneras diferentes.

Primera, dentro del discurso racista, el poder se ejerce epistemológicamente en las prácticas duales de nombrar y evaluar al “otro” ya que ambas actividades permiten la clasificación de los individuos y les atribuyen un rol pasivo: reciben lo que decide el que sustenta el poder. Segunda, las consecuencias socio políticas del racismo están sujetas al poder que poseen los racistas. Así, un grupo puede considerar a sus vecinos como endémicamente inferiores, pero si carece de poder para imponer sus puntos de vista, éstos serán limitados y no tendrán ninguna trascendencia. Tercera, cuando un grupo impone una concepción del mundo que contiene elementos racistas, la sociedad en cuestión se divide automáticamente entre grupos mayoritarios y minoritarios.

Los grupos minoritarios no son necesariamente inferiores en número, sino que son aquellos que se enfrentan con el prejuicio y el tratamiento desigual porque son vistos, de alguna manera, como inferiores. En esa dinámica, la expresión minoría es sinónimo de falta relativa de poder y el grupo mayoritario, por el contrario, posee el poder político, económico e ideológico muchas veces vinculado con al acceso o control del aparato estatal (5). Es por esa razón que las doctrinas y opiniones racistas elaboradas sobre el supuesto superioridad/inferioridad de los individuos o grupos, cuando entran en el escenario político, se convierten en ideologías propiamente dichas. En ese terreno, la ideología viene a ser "un sistema

basado en una opinión particular que se revela lo suficientemente fuerte como para atraer a una mayoría de personas, y lo suficientemente amplia como para guiadas a través de las diversas experiencias y situaciones de la vida cotidiana moderna... Todas las ideologías en sentido pleno han sido creadas, perpetuadas y perfeccionadas como armas políticas, más que como una doctrina teórica... Sin contacto inmediato con la vida política, ninguna de ellas sería ni siquiera imaginable" (6).

En ese contexto pueden ser incorporadas, incluso, las construcciones imaginarias que las sociedades han elaborado sobre sus orígenes nacionales. Basados en mitos fundacionales, muchos de éstos se hallan cargados de fuertes dosis de racismo, ya que él se apoya en elaboraciones míticas capaces de integrar en una sola imagen y representación diversos elementos constitutivos de una cultura nacional determinada. De esa manera, tanto el mito como la ideología sugieren "que el racismo es una construcción imaginaria destinada a legitimar una categorización biológica del grupo segregado y su esencialización, es decir, un trato que lo despoja de toda humanidad, y a priori de toda relación social, ya sea naturalizándolo, ya estigmatizándolo, ya haciendo ambas cosas al mismo tiempo" (Wieviorka, 1992:88). Pero las dimensiones explicativas que se sustentan exclusivamente en las ideológicas como fuentes de intervención del racismo, funcionan de mejor manera en el terreno de la política -dimensión imaginaria de la diferencia- y en las relaciones sociales, en la vida cotidiana, el lenguaje, y las diversas formas que adoptan los comportamientos cargados de violencia, exclusión, discriminación e intolerancia.

3. Nacionalismo y Racismo

El racismo puede ser visto también como una dimensión social que hace parte de la acción colectiva. Por eso es necesario relacionar el tipo de conflictividades que se generan al interior de la sociedad con las modalidades de constitución y extensión de discursos y prácticas racistas. Es más, se trataría de relacionar determinados imaginarios, prácticas y discursos sociales vinculados al nacionalismo con el problema del racismo.

Desde ese punto de vista, un aspecto central con el que el racismo se encuentra vinculado de forma problemática es el identitario. Cuando se trata de plantear la relación identidad y racismo, por lo general pensamos en una serie de escenarios

sociales que expresarían la acción de una multiplicidad de identidades portadoras de dinámicas racistas -desde las individuales hasta las grupales o comunitarias-. Estas identidades, si bien se ubican en distintos planos, tienen que ser asociadas a los macro referentes sociales vinculados con los procesos de construcción de la nación en una determinada sociedad, a las ideologías y movimientos comunitarios anclados en concepciones tradicionales y nacionalistas y a las lógicas culturales basadas en las creencias y prácticas religiosas (7). Precisamente, una de las dimensiones analíticas que más llama la atención en estas últimas décadas es la relacionada con la eclosión de movimientos nacionalistas que han desatado una serie de conflictos y guerras en varios territorios regionales y continentales.

Curiosamente, el proceso de globalización, el impulso a los mecanismos de difusión massmediáticos y la era de intercambio planetario en lo cultural no ha supuesto la decadencia y desaparición de los sentimientos de pertenencia nacional. Al contrario, en los tiempos modernos, los sentimientos comunales generados por la nación son altamente considerados y buscados como sustento de las lealtades de grupo y representa uno de los valores simbólicos más importantes en términos de convocatoria y acción social.

Al revisar la historia de los nacionalismos, principalmente los de Europa occidental, éstos ofrecen una cantidad de ejemplos en los que la nación se concibe como una realidad inmutable y cuasi eterna. Y es que la idea de "lo nacional" pone en primer plano la necesidad de las raíces, la imperiosa virtud de la tradición y la coherencia cultural de una comunidad unívoca y homogénea. Varios han sido los investigadores que han puesto su atención en el análisis del surgimiento y desarrollo del nacionalismo, en sus condicionamientos estructurales e ideológicos y en las formas particulares con las que se presenta en la actualidad; no obstante, el interés primordial consistiría en tratar de encontrar los vínculos y relaciones que existirían entre nacionalismo y racismo (8).

Independientemente de que los debates relacionados con el desarrollo de la nación sean sustentados por varias teorías (9), unas económicas y estructuralistas que ven en el capitalismo y en la expansión del mercado la fuente del apareamiento del nacionalismo, otras, constructivistas, románticas y esencialistas que interpretan el nacionalismo como un fenómeno de formación identitaria pre estatal, lo cierto del asunto es que en la actualidad el problema del

nacionalismo merece ser abordado desde distintas entradas teóricas multidimensionales, debido a que la complejización del mundo y de las sociedades que están sumergidas en esa problemática ameritan una relectura de sus significados identitarios contemporáneos.

En efecto, el que los estados hayan intentado, con resultados diversos, transformarse en comunidades, en naciones, se debe al hecho de que la nación viene a constituirse en uno de los valores más importantes de la modernidad. El tipo de lealtad que el estado moderno requiere para su funcionamiento se logra mejor si los ciudadanos participan, no sólo de manera racional-instrumental, sino también de lo mitológico-ritual en los aspectos integradores de la nación para lograr su preservación y realización. Al no existir este tipo de condiciones para obtener a pertenencia nacional en términos de integración social, los estados nación presentan fracturas de este tipo que pueden ser resumidas básicamente en tres: a) la persistencia de la idea de soberanía de los estados; b) el nacionalismo de los pueblos; y, relacionado con el anterior, c) los límites impuestos para la integración de los grupos étnicos considerados no nacionales. Sobre este punto resulta interesante la distinción que algunos autores observan entre los nacionalismos de corte "occidental" y los de patente "oriental".

El nacionalismo occidental es cívico territorial, está basado en la idea de un pueblo que comparte un territorio común, que está sujeto a un conjunto común de leyes, que participa de una cultura cívica común; mientras que el nacionalismo oriental es étnico-genealógico, está basado en la idea de un pueblo unido por una descendencia común y una cultura ancestral compartida. En todos los casos la distinción apunta a la idea de que el nacionalismo occidental es, al menos, compatible con el estado liberal, mientras que el nacionalismo oriental conduce de manera más o menos inevitable al autoritarismo y a la represión cultural (10).

Este último aspecto merece muchas críticas, ya que las formas que adopta el nacionalismo en cada estado nacional tienen sus propias peculiaridades. No se trata de que el nacionalismo occidental sea más "civilizado", liberal y democrático y que el oriental se presente como patrimonial, autoritario y "primitivo", ideas que denotan cierto etnocentrismo europeizante; lo importante es determinar cómo esos sentimientos de pertenencia nacional construyen órdenes jerárquicos, excluyentes y racistas respecto a los

que consideran inferiores e incivilizados. De hecho, las posiciones nacionalistas en general sustentan la idea de que si uno considera la identidad nacional como algo esencial para la estabilidad política, y piensa también que dicha identidad implica lealtad hacia las instituciones y prácticas consuetudinarias de lo que se entiende como nación, uno considerará necesariamente como algo desestabilizador el influjo y presencia de gente no comprometida con esas instituciones y prácticas socio culturales nacionales.

El problema se torna complejo, cuando, en unos casos, el discurso nacionalista es invocado por minorías étnicas o culturales que reclaman el derecho a la autodeterminación y por naciones que desean construir sus propias culturas y derechos en estados vecinos; en otros casos, cuando el nacionalismo está relacionado a varias formas de discriminación que implican una categorización de los individuos en función de su identidad nacional. En ese contexto, el nacionalismo puede ser invocado por aquellos que manifiestan actitudes racistas, xenófobas y racistas, y a menudo, conlleva el uso de varios tipos de violencia (Guibernau, 1997).

Los racistas a través de sus prácticas e ideologías pretenden dominar el territorio que ocupan, ya sea por efectos de una conquista relativamente reciente, o por el hecho de que han ocupado determinado espacio territorial desde tiempos remotos. En el primer caso, ignoran el derecho de los pueblos autóctonos a continuar viviendo y trabajando libremente en los espacios de sus antepasados; en el segundo caso, describe la situación de territorios no coloniales y su objetivo es detener la contaminación de una tierra y de un pueblo que se presentan como superiores. Desde ese punto de vista, el nacionalismo quiere regenerar la nación, hacer florecer su cultura e integrar a sus miembros en un proyecto común que trascienda sus propias vidas (11). De esa manera, los nacionalismos que se asocian al racismo no sólo que utilizan la relación entre "nosotros" y "ellos" para construir o redefinir lo que consideran identidad nacional, sino que ve en ese "otro" a un enemigo potencial o de hecho, alguien considerado inferior.

En esa línea, el racismo nacionalista puede incluso constituirse sin ayuda de la palabra "raza" y hasta se permite la denuncia del racismo biológico, tal como sucede en varios estados europeos. Las referencias a la raza y a la sangre son abandonadas y las antiguas prescripciones biologizantes de pureza racial se expresan ahora

en términos de cultura a través de una discursividad que enfatiza el evitar el cruzamiento interétnico y la mezcla cultural, ya que parte del supuesto de la irreductibilidad de las diferencias culturales. Estas posiciones llegan a plantear la nocividad de la desaparición de las fronteras, la necesidad de preservar la homogeneidad cultural y la incompatibilidad con gentes que provienen de formas de vida y tradiciones distintas. De allí que estos comportamientos, llamados también racismos diferencialistas, sustituyen la defensa explícita de la desigualdad por la afirmación de la diferencia al elogiar ese derecho como una instancia absoluta de preservación de la identidad diferencial de cada pueblo o nación (12).

El problema de la relación entre nacionalismo y racismo se complica aún más por cuanto actualmente nos encontramos con la paradoja de que el derecho a la diferencia y a la diversidad cultural es utilizado por las corrientes neorracistas como argumento contra la coexistencia entre gentes de diversas culturas, situación que muchas ocasiones deviene en instrumento legitimador de la xenofobia. Los inmigrantes y los distintos son vistos como una amenaza de disolución de la identidad cultural del país receptor. El objetivo es evitar la mezcla y los mecanismos propuestos para lograr ese objetivo son la expulsión de los inmigrantes o distintos, considerados inasimilables, y la elevación del muro de las fronteras nacional-estatales (Álvarez:1993:118). En ese sentido, lo importante en este aspecto son los comportamientos y actitudes de rechazo establecidas, ya que la existencia o no de una fundamentación racial o biológica podría ser un instrumento accesorio de esas prácticas y conductas intolerantes (13).

Desde esa perspectiva, la vinculación entre el racismo -visto en términos amplios- la xenofobia y el nacionalismo vendría dada por las actitudes de rechazo arriba mencionadas, pero también por la discriminación y la exclusión a las que dan lugar las actitudes xenófobas que determinadas ideologías nacionalistas fomenten y por la trascendencia práctica que las mismas tengan. Más concretamente, las diversas formas de discriminación y de exclusión, asociadas a la búsqueda de la homogeneidad nacional que promueven códigos de identidad excluyentes y cierran el paso a la ciudadanía a determinados grupos, o exigen su expulsión o desaparición, evidencian el vínculo existente entre la aspiración nacionalista a la preservación de un espacio nacional y culturalmente homogéneo y las dinámicas de exclusión interior a las que esa

aspiración puede abocar, especialmente en los períodos de crisis. Formas de exclusión que pueden quedar englobadas en ese sentido amplio del término racismo (14).

En ese contexto, una de las principales críticas al nacionalismo es que puede conducir a racismos extremos, ya que supone una esencia, un núcleo constante y perenne de identidad inmutable. Una de las consecuencias de la que se sirve el racismo dentro del nacionalismo es precisamente el de recoger sentimientos míticos e ideológicos dentro de los movimientos sociales para generar una serie de lógicas de combate a las diferencias que presentan y expresan los distintos grupos e individuos considerados inferiores.

4. Los indigenismos y paternalismos en Ecuador: formas y representaciones racistas

Los países con fuerte presencia indígena y negra en su población como Ecuador son estados nacionales donde no han desaparecido un conjunto de políticas de exclusión y formas de representación elaboradas sobre los "otros" a pesar del relativo desarrollo institucional y legal de sus constituciones. Al contrario, las representaciones étnicas se han modificado paulatinamente de acuerdo a las distintas fases históricas que ha asumido el estado-nación. En ese juego de representaciones, las políticas indigenistas llevadas a cabo por los gobiernos; las acciones organizativas de los partidos de distinto signo que han privilegiado las dimensiones clasistas como espacios identitarios para los indígenas y negros; y, la serie de paternalismos a los que se ha recurrido para incorporar culturalmente al indio y al negro en la sociedad blanco mestiza, son parte de un prolongado y complicado juego de imágenes, imaginarios y representaciones elaboradas sobre los pueblos indígenas y negros desde los sectores de identidades excluyentes (15).

Se trata de un proceso de construcción nacional en sí mismo contradictorio ya que implica, por un lado, la difusión legal de las nociones de ciudadanía, participación e igualdad constitucional, típicos de la democracia liberal y, por otro lado, en la práctica cotidiana, la ejecución de la intolerancia étnico-cultural, discriminación y racismo hacia los pueblos indígenas y negros. En esa construcción, el papel desempeñado por el estado ha sido de vital importancia, pues ha moldeado intencionalmente a la nación a partir de agregados de etnias, poblaciones, regiones y grupos y, por medio de una retórica que peca de extremadamente voluntarista,

ha supuesto una voluntad colectiva mayoritaria de individuos que expresaron su deseo de vivir juntos en un mismo espacio. Empero, el buen sentido común y un poco de historia indican claramente que esta voluntad de vivir juntos y constituirse en estado nacional es una imaginación, por lo menos desde el punto de vista sociológico en países en que los grandes sectores indígenas y negros no sólo no compartieron esta supuesta voluntad sino que expresaron y expresan permanentemente su absoluta disconformidad (16).

Si bien estas posturas interpretativas han aportado elementos importantes para pensar el fenómeno de la nación como un determinado resultado histórico, existen otras dimensiones conceptuales que deben ser incorporadas para resaltar la idea de que la construcción imaginaria y pretendidamente homogeneizante de la nación, está sustentada en un conjunto de representaciones excluyentes elaboradas sobre los «otros», los indios, los negros, los diferentes.

Bajo esa perspectiva, las representaciones colectivas son actos de producción de espacios socio-ideológicos dentro de los cuales se proyecta la autorepresentación de la sociedad como el "nosotros social", como el ideal de sociedad, como un ser "que va más allá de los individuos y como las instancias que generan históricamente imaginarios a las instituciones e individuos dentro de la sociedad, es decir, el representar -decir sociales, incorporan sólidos marcos de pensamiento -leyes, tiempo, espacio, valores, totalidad etc- y son portadoras de significados sociales en la conciencia colectiva (17). Para Bordieu, las representaciones sociales son mecanismos de percepción y apreciación, de conocimiento y reconocimiento en que los agentes invierten sus intereses y sus presupuestos. Estos actos son también representaciones objetales que funcionan como signos, emblemas, como estigmas y también poderes, es decir, son estrategias interesadas de manipulación simbólica que persiguen determinar la representación mental que los demás pueden formarse de dichas propiedades y de sus portadores (18).

Por lo tanto, las representaciones son productos y valores culturales y políticos transmitidos de generación en generación entre la población blanco-mestiza, alimentados y ratificados mediante experiencias cotidianas desde la tierna infancia al frecuentar indígenas en la ciudad y el campo. Conforman esquemas mentales que guían clasificaciones de la población y posibilitan el diseño de estrategias de violencia simbólica que desvaloriza al sometido y valora a los opresores (19).

Esta serie de ideas son importantes en la medida que aportan elementos claves para ir definiendo el pensamiento identitario nacional a lo largo de la historia y nación ecuatoriana donde ha prevalecido la noción de la integración. Así, para lograr concretar el proyecto e idea de nación criolla-mestiza se desarrollaron una serie nociones y representaciones paternalistas- indigenistas. Por ejemplo, el liberalismo en su lucha por constituirse en ideología dominante, va forjando una representación mental del indio que lo ubica como sujeto irracional por medio de la fórmula: indios=barbarie=animalidad=pasividad irracional, ante el cual valen todos los esfuerzos civilizatorios de lengua castiza y cultura ecuatoriana (20). Es así como se prolonga las relaciones de dominación étnica sustentadas por los sectores dominantes blanco mestizos en su intento por construir la nacionalidad ecuatoriana y, aunque presente una máscara de modernización, la propuesta liberal ve a los indígenas como una población sujeta a ser redimida y civilizada bajo causas paternalistas.

Este tipo de representaciones paternalistas, con variados matices, son las que han estado presentes a lo largo del siglo que decurre en las mentalidades de la sociedad ecuatoriana en su esfuerzo por construir la tan ansiada nación e identidad nacional a través de procesos socioculturales y políticos que enfatizan la integración. En términos concretos, los paternalismos son una serie de acciones y políticas concebidas para ser aplicadas a los «otros», no suponen una consideración de las especificidades identitarias y los intereses organizativo-históricos de esos otros, sino que se fundamentan en una negación profunda de sus capacidades para determinar lo que les es conveniente o no.

En esa perspectiva, los paternalismos han tenido y tienen un gran espectro de presentaciones. Van desde el más fino altruismo desarrollado por los sectores hegemónicos blanco mestizos que, por una extraña mezcla de conciencia misericorde y vergüenza histórica, se sienten culpables por las condiciones de explotación y oprobio en el que se hallan los indígenas; pasan por una serie de acciones ejecutadas por la iglesia y sus organismos asistenciales en pos de redimir, salvar y enaltecer al indio; y, llegan hasta el sutil enmascaramiento revolucionario-proletario, planteado por algunas corrientes de izquierda que vieron en los indígenas al pueblo perdido que debía ser conducido de la mano a un horizonte de futuro donde prevalezca una sociedad justa, igualitaria y sin explotación.

De esa gama de presentaciones paternalistas, es pertinente centrarnos brevemente en los denominados indigenismos y en las prácticas políticas de la izquierda marxista: el paternalismo clasista.

4.1. Los Indigenismos

El indigenismo, que es el tipo de política más conocida, extendida y aplicada por diversos países en el medio latinoamericano respecto al tratamiento de «lo indio» o de «sus indios», surge en un contexto de alta convulsión social promovido por la expansión de las corrientes liberales de pensamiento filosófico y político; en el punto de inflexión del colonialismo mundial como fórmula política dominante que ordenaba los destinos del sistema económico internacional; y, en la fase inicial de ascenso y expansión de las formas capitalistas de producción dentro de las débiles y poco cohesionadas naciones latinoamericanas.

Visto generalmente, el indigenismo latinoamericano reconoce la existencia del pluralismo étnico y la necesidad consecuente de elaborar políticas especiales para los pueblos indígenas a través de variadas acciones. Estas acciones debían ser protectoras, porque se concibe al indígena como un individuo económica y socialmente débil -un menor de edad y en ese sentido racista por imponer una concepción de sujeto inferior-, tenían que ser corporativas, porque era indispensable la integración total de los indios bajo la forma de ciudadanía en la vida económica y social de cada país, y, debían ser estimulantes de los aspectos considerados positivos de las culturas indígenas para lograr su desarrollo integral en el marco de la comunidad moderna, nacional y occidental. En este tipo de percepción, la cuestión indígena constituye un problema a resolver en la medida que su solución está asociada a la tarea de conformar la nación como un todo integrado.

Así, la dinámica del indigenismo integracionista resultó ser el instrumento más adecuado para la construcción de la tan ansiada nación blanco mestiza, ya que permitió transitar de acciones explícitamente destructivas de las culturas de los pueblos indígenas, hacia la adopción de un proyecto de largo aliento, basado en el efecto absorbente y asimilador de la cultura nacional dominante. En ese terreno, por lo menos en el caso ecuatoriano, las lógicas y prácticas políticas nacionalistas que se diseñaron para incorporar al indio y al negro a la comunidad "nacional" han

sido enfáticas en plantear la supremacía del mestizaje y "blanqueamiento" como elemento constitutivo de la verdadera nacionalidad. En ese sentido, este fenómeno, por sí solo, nos habla de la existencia de ciertas figuras y discursos racistas sustentados en preceptos biologizantes.

Este tipo de prácticas y discursos indigenistas-integracionistas operaron durante muchas décadas pero fueron cuestionados por un movimiento indígena que comenzó a tener un papel político importante en las décadas de los setenta y ochenta. A partir de esa coyuntura se abrió un período de gran movilización étnica que desembocó en los levantamientos indios de 1990, 1992 Y 1994 que cuestionaron no sólo las raíces mismas de la integración social ecuatoriana, sino que fracturaron el hasta entonces imaginario nacional.

4.2. El Paternalismo clasista: La izquierda y los indios

Reconstruir una extensa discusión sobre las particularidades apologéticas del enfoque marxista en torno a la construcción del Estado nación, no es precisamente la intención expositiva de este acápite. Basta decir que esta corriente de pensamiento, en su afán por construir las bases doctrinarias y guías de acción política para concretar la revolución proletaria inminente, desplazó a segundo nivel teórico los problemas étnico-nacionales ya que éstos serían resueltos en la nueva sociedad socialista. Dicho de otro modo, asistimos a un tipo de concepción política y estratégica que relega el problema étnico y nacional a una posición secundaria y subordinada, y que al mismo tiempo expresa una forma de imaginario social sustentado en la idea de una comunidad homogénea socialista.

Y es que este horizonte utópico de futuro, levantado por sectores de izquierda ortodoxa, acrítica y dogmática, veían en el proletariado a la única clase social capaz de conducir ese gran constructo societal. Así, el discurso y la práctica política de la izquierda comunista durante buenos años veía en el proletariado la única clase social que está en posibilidad de llevar adelante un proceso de lucha por la renovación de la sociedad. De esa forma, el proletariado aparece no sólo como el agente sociopolítico destinado a cumplir una misión histórica, sino también como un personaje simbólico trascendental, una especie de salvador supremo que condensaría una suerte de mesianismo histórico.

Bajo ese esquema, los sectores marxistas ecuatorianos impulsaron una lectura política que diluía la cuestión indígena en los derroteros clasistas a través de la fórmula: indios = campesinos o semiproletarios. De allí que las acciones organizativas emprendidas hayan asumido la forma de sindicatos campesinos o gremios clasistas agrarios, y con ello, la situación de los pueblos indios aparecía como un simple derivado de relaciones clasistas que actúan como determinantes, despojándolos de toda especificidad o, en el mejor de los casos, reducidos a fuerza auxiliar respecto a las supuestas «esencias» clasistas. En el país, ésta situación se vio claramente identificada en la dinámica de acción política del Partido Comunista desde los años cuarenta, época en que se funda la F.E.I.- Federación Ecuatoriana de Indios-.

Estas imágenes políticas de la izquierda respecto de los sectores indígenas no variaron substancialmente con el pasar de los años y, aunque varios organismos gremiales del mismo perfil doctrinario incorporaron en sus plataformas de lucha aspectos referidos al rescate cultural y defensa tradicional de los grupos étnicos, lo cierto del asunto es que el gran ideario político de transformación social siguió girando en torno a la falta de capacidad del indio para representarse por sí mismo ya que tenía que dejar de ser tal y acceder a la cultura, asimilarse simplemente a un trabajador ciudadano de preferencia asalariado, cuestión que paradójicamente, lo requería el mismo estado nacional y la sociedad blanco-mestiza en su afán homogeneizador. En otras palabras, estábamos asistiendo a una nueva faceta asimiladora con nuevo ropaje ideológico donde subyace la representación paternalista y racista de la integración.

Este tipo de concepciones ideológicas guiaron las principales luchas campesinas durante las décadas de los sesenta y setentas para conseguir la ejecución de la Reforma Agraria por parte del estado ecuatoriano. No obstante de esos logros políticos que transformaron el ámbito rural, caracterizado por la prevalencia de relaciones de trabajo serviles y retardatarias impuestas por los sectores hegemónicos y, sin desmerecer el papel organizativo desempeñado por los gremios y partidos de izquierda en ese proceso, resulta difícil negar que en su sistema conceptual primaron

categorías e imágenes que consideraban al indio como un compañero de segundo orden que debe ser conducido y representado en el gran proyecto de construcción socialista.

A la postre, esta serie de errores conceptuales y políticos generarían una serie de procesos organizativos independientes por parte de sectores indígenas que, enarbolando la autonomía política y discursiva respecto a esa práctica paternalista de la izquierda, configuraron a inicios de los años ochenta una de las entidades políticas más movilizadoras y representativas desde el punto de vista de la identidad étnica.

Ahora bien, más allá de seguir enfatizando el carácter paternalista y redentor de la izquierda marxista, lo importante es rescatar la idea en que se asume ese paternalismo. En efecto, al asumirse los sectores de izquierda como entidades representantes de los indios, reproducen, queriéndolo o no, la figura de un aparato indigenista no estatal que expresa y traduce -una ventriloquia política (21)- las aspiraciones de determinados sujetos sociales, los indios, carentes de reconocimiento -legalidad y legitimidad- y, por ende, de discurso reconocido y acceso directo al sistema político. En esa perspectiva, la izquierda ecuatoriana, al intervenir como una especie de organismo indigenista, una institución externa de ciudadanos blanco-mestizos que asumen la mediación de los indios, reproduce aquellos aspectos ideológicos inherentes al Estado en su trato con una población sin derechos reconocidos en el sistema jurídico y político del Estado-nación.

Así, en ese contexto de interpretaciones estructurales y al mismo tiempo, juego de representaciones realizadas a base de imágenes construidas sobre el indio y el negro, la izquierda marxista asumió la función de traducir las formas de lucha y reivindicaciones de los indígenas al orden simbólico de la ciudadanía, a conceptos de derecho de clase como trabajadores semiproletarios agrícolas o campesinos, y no como ciudadanos étnicos, como pueblos que exigen un reconocimiento colectivo en sus vínculos con el Estado-nación. Es más, el horizonte de futuro, identificado con la construcción de la nación socialista, volvía a presentar una dimensión imaginaria y racista que diluía las especificidades etnoculturales de los pueblos indios y negros para arribar a ese gran constructo social.

5. Conclusiones

Ciertamente, un racismo de corte tradicional como existía décadas atrás, que pueda ser aceptado y expresado abiertamente por diversos estamentos de la sociedad, por lo menos en determinados contextos es una situación poco pensable en los momentos actuales. Pero es una ilusión considerar que porque no se habla del tema o se supone no existe, o lo practicamos inconscientemente, éste ha dejado de tener importancia y se ha solucionado. Momentos álgidos como la crisis social por la que atraviesan nuestras sociedades suelen hacer emerger cierto tipo de violencias y exclusiones racistas, simbólicas unas, concretas otras, como la flagelación y quema de una persona acusada sin pruebas de robo por el sólo hecho de ser negro; o j, prohibición de un municipio para que participe en un concurso de belleza una representante indígena,

El hecho de que se trate de vivir la fantasía de hablar sobre un problema, cuya existencia se niega en varios círculos de la sociedad, constituye por sí misma una situación que evidencia no sólo el tremendo peso de una ideología discriminadora construida desde la colonia, sino que los distintos ámbitos en donde se reproducen las prácticas racistas han sido legitimados como cuasi naturales por la sociedad en conjunto. Este conjunto de acciones, prácticas, costumbres, imaginarios sociales y políticas, lejos de ser casuales e inofensivos, constituyen un derrotero diferente en los individuos excluidos en aquellas sociedades que comparten esas dinámicas (22). Desde ese punto de vista, si bien las expresiones del racismo varían de acuerdo con el contexto social en el que se desarrollan, se trata casi siempre de actitudes,

sentimientos y apreciaciones que justifiquen o provoquen fenómenos de separación, segregación y explotación de un grupo por otro, legitimando en cualquier caso las relaciones de poder existentes (23). Este tipo de fenómenos son mucho más visibles cuando está de por medio la construcción de la nación, especialmente en países que como Ecuador ha atravesado por duras etapas de consolidación identitaria en la cual el sentimiento de pertenencia comunitaria ha estado sujeta a no pocas presiones externas como pueden ser guerras con países vecinos.

En ese contexto y más allá de que el movimiento indígena se haya constituido en actor político de singular importancia al tener voz propia en el Congreso Nacional, lo más importante radica, desde esta perspectiva analítica, en que sus actuaciones políticas generaron la fractura del conjunto de representaciones e imaginarios que sobre los indios habían elaborado la sociedad y estado ecuatoriano para lograr la tan ansiada identidad nacional. Todo ello ha promovido una serie de debates en diversos espacios de la sociedad ecuatoriana, situación que no puede ser soslayada ya que conduce a una resignificación de lo que se entiende por identidad nacional, pero sobre todo, a un proceso de redefinición del estado-nación ecuatoriano como instancia integradora de la diversidad étnico-cultural.

Es por eso que en situaciones donde las acciones de marginación, exclusión y estigmatización continúen presentándose como racismos verbalizados, como anuencias mudas pero también cómplices compartidas por muchos de "nosotros" frente a "ellos", el mundo de la vida social permanecerá como un espacio racializado impregnado de odios y humillaciones.

Notas

1. Muratorio Blanca. "Discursos y silencio sobre el indio en la conciencia nacional" en: Imágenes e imagineros. Representaciones de los indios ecuatorianos, Siglos XIX, XX, Quito, 1994, pag 17.
2. Para un mayor desarrollo de este punto de vista ver: Guerrero Andrés, La semántica de la dominación. El concertaje de indios, Libri Mundi, Quito, 1992.
3. Existen distintos trabajos sobre este tema, sin embargo merece destacarse los efectuados por Andrés Guerrero y Blanca Muratorio.
4. Foucault considera que desde el punto de vista del análisis del poder y consecuentemente desde las relaciones que se establecen con la política, hay que recorrer la historia del discurso de las luchas y de la lucha de razas a partir del siglo XVII para entender la aparición del racismo de Estado a comienzos del siglo XX. En las sociedades modernas, el papel de la ideología es importante por cuanto dota de forma y sentido a la biología como determinante causal e instancia legitimadora de una jerarquía. "Sólo a partir de la sacralización ilustrada de la naturaleza, naturaleza la ciencia y sus profetas los científicos, se estableció una

relación sistemática que conectaba lo dado por la naturaleza -la genética- a partir de la extensión de la analogía orgánica con una serie de rasgos o instituciones sociales determinadas por ella misma: el carácter, la estética, la moral, las características políticas que señalaban la superioridad "objetiva" de occidente y justificaban el dominio y el éxito colonial" (Moreno, 1994: 60), Para un acercamiento más profundo al tema en cuestión ver Foucault, M. Genealogía del racismo, parte 111 y IV, pag 35-65.

5. La "mayoría" tiene el poder de decidir sobre el estatus de los miembros de los grupos minoritarios, La mayoría considera natural su capacidad de determinar el estatus de la minoría y percibe que su poder está basado en una superioridad incuestionable. Sobre esta cita y el párrafo mencionado arriba, Guibernau Montserrat, Los nacionalismos, pags 101-102.

6. El racismo puede ser visto como uno de los grandes problemas políticos del siglo XX, Para un mayor desarrollo de este punto de vista ver: Hannah Arendt, Los orígenes del totalitarismo, Alianza, Madrid, 1987,

7. Si bien la problemática del racismo se vincula con una diversidad de macro referente sociales, los arriba señalados parecen condensar históricamente la mayor cantidad de construcciones identitarias comunitarias.

8. Etienne Balibar, por ejemplo, señala que la propia oscilación del vocabulario entre raza y nación nos sugiere que al menos en un estado nacional que ya no tiene que constituirse, la organización del nacionalismo en movimientos políticos particulares encubre inevitablemente el racismo. Parte de los historiadores han usado esta cuestión para argumentar que el racismo se desarrolla como discurso teórico y como fenómeno de masas se desarrolla dentro del campo del nacionalismo, omnipresente en la época moderna. De este modo, el nacionalismo sería, sino la causa única del racismo, en cualquier caso la condición determinante para su aparición. Balibar, E, "Racismo y nacionalismo" pag 63,

9. Una interesante aproximación al debate mencionado se lo encuentra en: Llobera Josep, El dios de la modernidad: El desarrollo del nacionalismo en Europa occidental, Cap. II y III.

10. Millier David en su libro " Sobre la nacionalidad", recoge los puntos de vista de Anlhony Smith sobre la problemática arriba mencionada, pag 24,

11. Op cit. pag 104,

12. Op.cit, 105.

13. Lo "accesorio" en las fundamentaciones de rechazo y exclusión basadas en las características biológicas dependerán de la especificidad del caso; no obstante, en una comparación muy general entre nacionalismo y racismo lo que puede extraerse es la existencia de ciertas similitudes morfológicas entre racismo biológico y algunas de las variantes más holísticas de la ideología nacionalista, a saber: a) la presunción de que existe una identidad nacional-cultural o étnica homogénea, inmodificable, no cuestionada ni cuestionable, no sometida a tensiones, conflictos o cambios; b) la elevación a valor absoluto de la preservación o de la restauración de la especificidad y de la homogeneidad, en un caso racial y en el otro la nacional-cultural c) la disolución de la autonomía y la especificidad individual en la identidad colectiva, de forma que los individuos sólo son considerados en cuanto miembros de su grupo racial étnico o nacional; y, d) el tratamiento del grupo como si se tratara de un ser transindividual, dotado de voluntad, derechos, valores y proyectos, por más que éstos sean conceptos que carecen de sentido fuera de la esfera personal del individuo. Álvarez I, op,cit pags 122-123.

14. Op cit,124.

15. El término identidad excluyente se relaciona con el componente poblacional que se siente portador de los verdaderos derechos «nacionales».

16. Varese Stefano, " Movimientos indios de liberación nacional y Estado nacional" en: La diversidad prohibida. Resistencia étnica y poder de Estado El Colegio de México, México, 1989.

17. Beriain Josexto. Representaciones colectivas y proyectos de modernidad, Antropos, Barcelona, 1990.

18. Bordieu Pierre. "La identidad como representación" en: Ce que parler veut dire, Fayard, Paris, 1982, pag 135.

19. Guerrero Andrés "Una imagen ventrílocua: el discurso liberal de la "desgraciada raza indígena a fines del siglo XIX" en Imágenes e imágineros, op, cit, pag 23.

20. "Construcción mental que impregna las interpretaciones políticas y jurídico sociológicas, coloca bajo cierta iluminación las percepciones de la realidad y, al hacerlo, elabora una opinión pública generalizada. Por eso, el liberalismo para legitimarse como movimiento político y corriente ideológica define el sujeto y objeto de la opresión, elabora las causas e imágenes de tal situación y, plantea las alternativas de solución para arribar al objetivo perseguido: redimir al indio pasivo y llevarlo de la mano hacia la civilización" Guerrero Andres, La semántica de la dominación, op cit, pag, 334.

21. La noción de ventriloquia política la tomo expresamente de Andrés Guerrero, con la salvedad de que la dirijo hacia las prácticas políticas y discursos de la izquierda marxista en Ecuador.

22. Almeida J, pag 204.

23. Traverso M, pag 272.

Bibliografía

- ALMEIDA José. "Racismo, construcción nacional y mestizaje" en: El racismo en las Américas y el Caribe, José Almeida V (coordinador), Departamento de Antropología PUCE, Abya Yala, Quito, 1999.
- ALVAREZ D Ignacio. Diversidad cultural y conflicto nacional. Talasa Ed, Madrid, 1993.
- ARENDT Hannah. Los orígenes del totalitarismo, Alianza, Madrid, 1987
- BALIBAR Etienne. "Racismo y nacionalismo" en: Raza, Nación y Clase, Iepala, Madrid, 1988.
- BAKER Martin, The New Racism, Junction Books, Londres, 1981.
- BERIAIN Josexto, Representaciones colectivas y proyectos de modernidad, Antropos, Barcelona, 1990.
- BORDIEU Pierre. "La identidad como representación" en: Ce que parler veut dire, Fayard, Paris, 1982.
- CALLIRGOS Juan Carlos. El racismo. La cuestión del otro (y de uno), Deseo, Lima, 1993.
- CONNOR Walker. Etnonacionalismo, Edt. Trama, Madrid, 1998.
- CROWLEY John. "Etnicidad, nación y contrato social" en: Teorías del nacionalismo. Gil Delanoi -Pierre André Taguieff (compiladores), Paidós, Barcelona. 1993.
- DELACAMPAGNE Christian. Racismo y occidente, Edt. Argos Vergara, Barcelona, 1983.
- DE LA TORRE Carlos. El racismo en el Ecuador: Experiencias de los indios de clase media, Centro Andino de Acción Popular, Colección Estudios y Análisis, Quito, 1996.
- DUNCAN Quince. "El fenómeno del racismo" en: Teoría y práctica del racismo, Duncan Quince y Powel Lorein, Edit, DEI, San José, Costa Rica, 1988.
- FOUCAULT Michel. Genealogía del racismo, Altamira Ed, Buenos Aires.
- GUERRERO Andrés, La semántica de la dominación. El concertaje de indios, Libri Mundi, Quito, 1992.
- GUERRERO Andrés. " Una imagen ventrilocua: el discurso liberal de la "desgraciada raza indígena a fines del siglo XIX" en: Imágenes e Imagineros. Representaciones de los indios ecuatorianos. Siglos XIX, XX, Quito, 1994.
- GUIBERNAU Monserrate, Los nacionalismos, Paidós, Barcelona, 1997.
- KINGMAN Eduardo. "La identidad perdida de los ecuatorianos" en: Iconos N° 7, Flacso Ecuador, Quito, 1999.
- LLOBERA Josep. El dios de la modernidad: El desarrollo del nacionalismo en: Europa occidental, Anagrama, Barcelona, 1996
- MILLER David. Sobre la nacionalidad. Autodeterminación y pluralismo cultural, Paidós, Barcelona, 1997.
- MORENO Paz. " La herencia desgraciada: racismo y heterofobia en Europa" en: Estudios Sociológicos N° 34, El Colegio de México, México, 1994.
- MURATORIO Blanca. "Discursos y silencio sobre el indio en la conciencia nacional" en: Imágenes e imagineros. Representaciones de los indios ecuatorianos. Siglos XIX, XX, Quito, 1994.
- RIVERA Fredy. "Los indigenismos en el Ecuador: de paternalismos y otras representaciones" en: Rev América Latina Hoy N° 19 Universidad de Salamanca-SEPLA, Salamanca, 1998.
- RIVERA Fredy. "Las aristas del racismo" en: Ecuador Racista: imágenes e identidades, E. Cervone - F. Rivera (comps), Flacso Ecuador, Quito, 1999.
- STAVENHAGEN Rodolfo. "Racismo y xenofobia en tiempos de la globalización" en: Estudios Sociológicos N° 34, El Colegio de México, México, 1994.
- TAGUIEFF Pierre A. "El nacionalismo de los nacionalistas. Un problema para la historia de las ideas políticas en Francia" en: Teorías del nacionalismo. Gil Delanoi - Pierre André Taguieff (compiladores), Paidós, Barcelona, 1993.
- TODOROV Tzvetan. Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana, Siglo XXI, México, 1991.
- TRAVERSO Martha. La identidad nacional en Ecuador: un acercamiento psicosocial a la construcción nacional, Abya Yala, Quito, 1999.
- VARESE Stefano. "Movimientos indios de liberación nacional y Estado nacional" en: La diversidad prohibida. Resistencia étnica y poder de Estado, El Colegio de México, México, 1989.
- VALDEZ María. "Inmigración y racismo: aproximación conceptual desde la antropología" en: Boletín Americanista 92/93, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1993.
- WADE Peter. Gente negra Nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia, Eds Uniandes, Universidad de Antioquia, Instituto Colombiano de Antropología, Siglo del Hombre, Bogotá, 1997.
- WALLERSTEIN Immanuel y BALIBAR Etienne. Raza, Nación y Clase, Iepala, Madrid, 1988.
- WIEVIORKA Michel. El espacio del racismo, Paidós, Barcelona, 1992.

* **Fredy Rivera**. Master en Ciencias Sociales por FLACSO, México. Profesor investigador de FLACSO, Ecuador. Editor de la Revista Ecuador Debate del Centro Andino de Acción Popular -CAAP-. Miembro de la Sección de Sociología y Ciencias Políticas de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Artículo publicado por INREDH, en Diversidad: ¿sinónimo de discriminación?, Serie de investigación #4, Quito, 2001.